



Antonio Reynoso, la mirada serena

En el centro de la casa, sentado en su silla, con la cámara en la mano derecha recargada sobre sus piernas. Listo para la acción, el puño izquierdo sobre la pierna deja ver el reloj. Así, preparado, los pies ligeros, la mirada vivaz y la sonrisa franca que se comunica con la otra cámara, la que lo registra. Alrededor de 1955 Nacho López retrató en su casa a Antonio Reynoso. El resultado, un encuentro de miradas: la mirada del fotorreportero que registra la del amigo, el camarada, el compañero de andanzas. La mirada solidaria que se le devuelve da testimonio, es la del hombre en pleno dominio de su territorio, rodeado de sus lienzos —la Santísima Trinidad se asoma sobre el hombre—, mientras por la ventana se dejan ver los árboles que rodean la propiedad.

Pintor, arquitecto, poeta, Reynoso era un hombre renacentista, tenía estudios de arquitectura, pero sus intereses eran mucho más amplios. Estaba convencido de que para poder crear imágenes se debía cultivar el espíritu en el arte, en la lectura; “era un monstruo maravilloso, era como una sabra, espinosa por fuera y muy dulce por dentro, con unos conocimientos increíbles”, según lo definía Rafael Corkidi, quien además de haber sido su operador, lo asisitó en la aventura de “Cine foto”, la compañía con la que Reynoso había renunciado al Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica para producir sus propios trabajos.

En el STIC, el fotógrafo Reynoso había desarrollado una labor en los noticieros fílmicos de los que dicho sindicato era encargado y principal productor; este trabajo le había obligado a desarrollar una habilidad para el registro rápido, inmediato y sin repetición, pero que le obligaba también a aguzar la mirada, a seleccionar presuroso, a filmar con economía y sin desperdicio. Antes que nada, Antonio Reynoso era un maestro, de Corkidi lo fue, a pesar de su convicción respecto a la inutilidad de la enseñanza; era un hombre dado a compartir sus conocimientos sobre el manejo de la cámara, sobre el cine y la fotografía. Su persona era objeto de gran respeto en los estudios.

En 1959 “Cine foto” concreta la realización de una película: según textos de Juan Rulfo escritos sobre la marcha, Reynoso dirige *El despojo*, Corkidi opera la cámara. A la fuerza de la tragedia que el texto contiene, se suma la de las imágenes, el ojo sagaz y entrenado de Reynoso registra a las mujeres de aquel pueblo ruinoso en el valle del Mezquital que miran con desconfianza, que apenas se muestran. Salvador Elizondo definió la obra de Reynoso como la de un artista de la soledad, en esta cinta lo refrenda con gran energía. No hay otro tiempo que el de la tragedia. La cinta, a pesar de la pobre distribución de que fue objeto, se puede considerar como uno de los prolegómenos de la modernidad fílmica en México. No es exagerado decir que *El despojo* marca un hito en nuestra cinematografía, nunca antes la realidad indígena-campesina había sido llevada a las pantallas del cine nacional con tal fuerza y honestidad, nunca más, la prosa de Rulfo encontró eco en el medio fílmico como en los nueve minutos que dura la cinta.

De sus imágenes escribió Elizondo “su contenido emotivo es sobrecogedor”, Reynoso es uno de los artistas que mejor han captado en imágenes el sentimiento que genera la soledad, en sus fotografías impera la quietud y el silencio. Es la mirada serena y honesta que Nacho López supo capturar. **Javier Ramírez Miranda**